

y alumbraba las horrendas escenas que se habian ejecutado en medio de la oscuridad de la noche. Las gruesas masas que combatian á orillas de la calzada, disputaban con tal ímpetu el terreno que estaban pisando, que parecia que la tierra temblaba, y efectivamente algunos puntos de la calzada se sacudian como si hubiese un terremoto. Al mismo tiempo la superficie de la laguna, hasta donde podia alcanzar la vista, estaba cubierta de millares de canoas llenas de guerreros cuyas lanzas y espadas armadas de filosas láminas de obsidiana, relucian con los rayos del sol matinal.

Encontraron á Alvarado desmontado y acompañado de un puñado de compañeros, en encarnizada lucha con una multitud de enemigos que le agobiaban con solo su peso. Su excelente corcel que le habia acompañado en mas de cien duras batallas habia muerto.<sup>15</sup> Herido Alvarado en varias partes, se esforzaba inútilmente por reunir su columna dispersada y arrojada á la orilla del canal por el furioso enemigo que á aquella hora ya era dueño de toda la retaguardia y estaba recibiendo de la ciudad refuerzos nuevos. La artillería no habia sido infructuosa en los primeros momentos del combate, pues las balas habian atravesado la calzada y derribado indios á centenares; pero la impetuosidad de estos fué irresistible. Las filas delanteras empujadas por las que venian detras, se arrojaron sobre las piezas, y semejantes á un torrente arrebataron cuanto encontraron, hombres y cañones. La impetuosa embestida de los españoles recién venidos, hizo mudar de pronto el aspecto de la lucha y dió tiempo á sus compatriotas dispersos, para reunirse aunque débilmente. Pero el reflujo de los indios obligó á Cortés y á sus compañeros á echarse al agua, aunque no todos escaparon. Alvarado se detuvo un momento á la orilla del lago, sin saber qué hacerse. Desmontado como estaba, ninguna esperanza de salvacion le ofrecia arrojar al agua, habiendo una multitud de canoas enemigas que cercaban la cortadura: para resolverse solo le quedaba un instante; pero era hombre de formas vi-

<sup>15</sup> "Luego encontraron con Pedro de Alvarado bien herido con una lanza en la mano á pié, que la yegua alazana ya se la habian muerto." *Ibid.*

gorosas y por otra parte, la desesperacion le dió fuerzas sobre humanas. Clavó de firme su lanza en los objetos que asomaban por sobre las aguas, se echó hácia adelante con todo el impulso posible, y de un salto salvó el foso. Los aztecas y tlascaltecas que le miraban asombrados y estupefactos, exclamaron al ver aquel salto incomprendible: "De veras este es *Tonatiuh*, (el hijo del sol.)"<sup>16</sup> No se sabe cual era el ancho de la zanja, pero era tan considerable que el valiente capitán Diaz que la vió, afirma que salto igual no lo puede dar ningun hombre.<sup>17</sup> Sin embargo, hay contemporáneos de la conquista que no creen en la anécdota.<sup>18</sup> Pero en lo que no cabe duda es, en que en aquel tiempo era creencia popular y en que aun en nuestros dias es sabida de todos los habitantes de la capital: el nombre de Salto de Alvarado que tiene el lugar donde se dió, recuerda una de esas hazañas dignas de competir con las de los semi-dioses de la fábula griega.<sup>19</sup>

<sup>16</sup> "Y los amigos, vista tan gran hazaña quedaron maravillados y al instante que esto vieron se arrojaron por el suelo postrados por tierra en señal de hecho tan heróico espantable y raro que ellos no habian visto hacer á ningun hombre, y así adoraron al sol comiendo puñados de tierra, arrancando yerbas del campo, diciendo á grandes voces: verdaderamente que este es hijo del sol." (Camargo, *Hist. de Tlaxcallan*, MS.) Este escritor consultó la probanza hecha por los herederos de Alvarado, en la cual alegan los méritos de su antepasado y afirman que están atestiguados por los mas valientes capitanes tlaxcaltecas que estuvieron presentes en aquella batalla. Acaso el famoso salto estaria entre los méritos de que habla el historiador. M. de Humboldt que cita á Camargo, como tal lo considera. (*Essai politique*, tom. II, pág. 75.) Esta autoridad probaria mas que cualquiera otra; pero el lenguaje de Camargo, no me parece que autoriza para sacar semejante consecuencia.

<sup>17</sup> "Se llama ahora la puente del salto de Alvarado, y platicábamos muchos soldados sobre ello y no hallábamos razon ni sollura de un hombre que tal saltase." *Hist. de la Conq.*, cap. 128.

<sup>18</sup> Gomara, *Crónica*, cap. 109, Camargo, *Ibid.* ubi supra. Oviedo, *Hist. de las Inds.*, MS, lib. 33, cap. 47. Este último autor dice frecuentemente que muchos que vieron el lugar le aseguraron que era imposible. "Fué tan estremado de grande el salto, que á muchos hombres que han visto aquello, he oido decir que parece cosa imposible haberlo podido saltar ningun hombre humano. En fin, él saltó é ganó en ello la vida, é perdiéronla muchos que atrás quedaban.

<sup>19</sup> A todos los viajeros se les enseña aquel sitio que es un foso de poca anchura, atravesado por un puentecillo y que está cerca de la estremidad occidental de la Alameda. Como aquel sitio recibió su nombre desde en tiempo de Alvarado, este no ha de haber desmentido el cuento; pero no sabiéndose á punto fijo la magnitud del salto, por muy extraordinario que se le pondere, no hay medio de juzgar sobre su probabilidad.

Cortés y sus compañeros se pusieron al frente de las tropas que iban desordenada y confusamente huyendo de la funesta calzada. Unos pocos enemigos eran los que únicamente les picaban la retaguardia; recibiendo también algún daño de los que desde las canoas les disparaban nubes de flechas. Distrajó la atención de los aztecas el rico botín que había quedado esparcido por el campo de batalla; lo que fué gran fortuna para los españoles, pues si sus enemigos hubieran continuado persiguiéndolos con el mismo encarnizamiento con que hasta entonces habían peleado, probablemente no habría quedado ni un solo cristiano. Pero poco molestados, pudieron desfilarse por el pueblecillo adyacente, ó por mejor decir, por los suburbios de Popotla.<sup>20</sup>

El comandante español, después de apearse de su fatigado corcel y de recostarse en las gradas de un templo indio, miró tristemente desfilarse por delante de él, sus destrozadas tropas. La caballería, la mayor parte sin caballos, venía confundida con la infantería, la cual arrastraba con trabajo sus cansados miembros. Las rotas mallas y desgarradas vestiduras salpicadas de lodo salado, dejaban ver sus grandes heridas. Sus relucientes armas, sus cascos y banderas, su tren y su artillería, en suma, todo lo que constituye el orgullo y los trofeos de una guerra gloriosa, todo se había perdido para siempre. Al pasar Cortés la vista por aquellas menguadas y desordenadas filas, en vano buscó la cara de muchos de los antiguos y queridos compañeros que le habían seguido inseparablemente en todos los peligros de la campaña. Aunque acostumbrado á reprimir sus emociones ó á lo menos á disimularlas, aquel espectáculo fué superior á las fuerzas de Cortés, que ocultó el rostro entre las manos, y cuyas lágrimas que no pudo contener, revelaron la angustia mortal que devoraba á su alma.<sup>21</sup>

20 "Fué Dios servido de que los mexicanos se ocupasen en recoger los despojos de los muertos y las riquezas de oro y piedras que llevaba el bagage, y de sacar los muertos de aquella acequia, y á los caballos y otras bestias. Y por esto no siguieron el alcance y los españoles pudieron ir poco á poco por su camino sin tener mucha molestia de enemigos." Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, MS., lib. 12, cap. 11.

21 Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 47. Ixtlixochitl, *Hist. Chich.* MS. cap. 89. Gomara, *Crónica*, cap. 109.

Con todo, algún alivio sintió al ver á muchos de los hidalgos en quienes más confiaba. Alvarado, Olid, Ordaz, Sandoval, Avila, aun no perecían. Cúpole también la inesplicable satisfacción de ver salva á la intérprete Marina, á quien amaba tanto y que tan útil era al ejército. Había sido confiada, juntamente con la hija de un tlaxcalteca, á una partida considerable de estos guerreros, que venía en la vanguardia y que cuidó fielmente de preservarla de todos los peligros de aquella noche. Aguilar, el otro intérprete, también había escapado, é igualmente el constructor de las naves, Martín López.<sup>22</sup> El empeño con que se informó Cortés de la suerte de este hombre, que tan interesante era para el buen éxito de las operaciones subsecuentes, prueba que el indomable espíritu de Cortés, aun en los momentos de mayor aflicción, se ocupaba en preparar la hora de la venganza.

El ejército llegó á las inmediaciones de una ciudad llamada Tlacopan (Tacuba) que fué en un tiempo la capital de un señorío independiente. Hizo alto en la calle principal, como vacilante é incierto del camino que debía tomar; semejante á un tímido ciervo que va huyendo de los cazadores y en cuyos oídos resuena todavía el ladrido del sabueso y la bocina y que busca asustado, por todas partes, un antro en que ocultarse. Cortés que se había adelantado y puesto á la cabeza del ejército, conoció cuán peligroso era permanecer en el corazón de una ciudad populosa cuyos habitantes podían causar gran daño desde las azoteas, sin recibir ellos ninguno. Continuó, pues, avanzando é internándose y trató de reorganizar y medio ordenar sus desconcertados batallones.<sup>23</sup>

A poca distancia, hácia la izquierda se levantaba una montaña que miraba hácia las cordilleras que atraviesan el valle por

22 Herrera, *Hist. Gral.*, dec. 2, lib. 10, cap. 12.

23 "Tacuba," dice el interesante viajero Latrobe, "está casi al pié de la cordillera, y hoy solo es notable por la espaciosa y venerable iglesia que erigió allí Cortés. No lejos de allí se ven las líneas de un campamento español. No temo ser temerario al aventurar la opinión (aunque acaso será una coincidencia) de que esta misma fué la posición que escogió Cortés para atrincherarse después de la retirada arriba mencionada, y antes de emprender su penosa marcha para Otumba. (Viaje á México, carta 5.) Según lo que hemos dicho en el texto, es evidente que Cortés no hizo allí ninguna fortificación, á lo menos al retirarse de México.

la parte del poniente. Llamábase el cerro de Otoncalpolco, y tambien cerro de Moteuczóma.<sup>24</sup> Estaba coronado de un teocalli, cuyo estenso átrio ocupaba gran espacio, y que por su elevada posicion que dominaba aquellas llanuras, ofrecia un sitio á propósito para que se guareciesen las fatigadas tropas. Pero estas, desalentadas y aterradas por los últimos reveses, no parecia que estuviesen capaces de otro nuevo encuentro, y este era inevitable para apoderarse del templo, pues lo defendia un cuerpo de indios. Cortés conoció que desalojarles de allí era preciso, á no ser que quisiera ver destruido hasta el último resto de su ejército; y el écsito probó que aquel hombre todavía ejercia sobre sus tropas un imperio mas fuerte que el de las circunstancias. Ayudado de sus valerosos capitanes consiguió infundir á los mas abatidos una chispa del intrépido brio que á él le animaba, y les condujo al frente del enemigo; pero los indios opusieron muy débil resistencia y despues de unas cuantas descargas que hicieron muy poco daño, abandonaron el campo á los españoles.

El edificio era ámplio y ofrecia cómodo alojamiento para los pocos españoles que habian quedado. Allí encontraron algunos víveres y luego les trageron mas de varios pueblos otomíes de las inmediaciones de los que eran amigos. Habia ademas en los patios alguna leña destinada al uso del templo: con ella hicieron hogueras en que secaron sus vestidos que estaban empapados, y en seguida se ocuparon en curarse recíprocamente sus heridas, que con el abandono y la fatiga se habian agravado y puesto muy dolorosas. Despues de este refrigerio se tendieron á la larga en los átrios del templo y allí encontraron luego ese consuelo que la naturaleza rara vez rehusa aun en medio de los mayores padecimientos.<sup>25</sup>

Entre todos los españoles habia, sin embargo, uno que no cedía al sueño con igual facilidad. ¡Qué cúmulo de pensamientos agitarían en tropel el alma del general, al ver los míseros restos de su ejército, todos reunidos en aquel oscuro vibaquel

<sup>24</sup> Lorenzana, *Viage*, pág. XIII.

<sup>25</sup> Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, MS., lib. 12, cap. 24. Bernal Diaz, *cap. 123*. Camargo, *Hist. de Tlaxcallan*, MS., *Ixtlilxochíll*, *Hist. Chih.*, MS., cap. 89.

Aquello era todo lo que quedaba del brillante ejército con que pocas semanas antes habia entrado en México! ¡Qué habia sido de sus sueños dorados de conquista y de mando! ¡Ni qué otra cosa era él, sino un desgraciado aventurero, al cual señalaba como loco el dedo del desprecio? ¡Por dónde quiera que volvía los ojos encontraba un horizonte tenebroso y ni un solo punto luminoso que le ofreciese esperanza! Faltábale que hacer un cansado viage por peligrosos y mal conocidos caminos, con guías de cuya fidelidad no podia estar seguro. ¡Ni cómo podia descansar en el acogimiento que le hiciesen en Tlaxcallan, que era el lugar adonde se encaminaba, si era la tierra de sus antiguos enemigos y si antes de conquistador, y ahora como amigo habia llevado allí siempre la desolacion?

Sin embargo, estas tristes y tétricas reflexiones que habrian abatido un alma vulgar, no hacian mella en la de Cortés, ó mejor dicho, solo servian para escitar su energía y avivar sus percepciones, de la misma manera que el embate de los elementos sirve para purificar la atmósfera. Contemplaba con ojos serenos sus pasados reveses; pero confiaba en sus propios recursos y veía una luz de esperanza, donde los demas solo veían tinieblas. Aun en los miserables restos que yacían esparcidos en torno suyo y que segun su aspecto siniestro y su grosero porte, parecían una horda de proscriptos famélicos, aun en esto descubria los materiales con que debia reconstruir el edificio de su arruinada fortuna. Está fuera de duda que en los momentos mismos de universal abatimiento y desventura, su alma heroica maquinaba el plan que despues llevó á cabo con tan impertérrita constancia.

En cuanto á la pérdida que tuvieron los españoles en aquella fatal noche, como en cuanto á los demas acaecimientos de la conquista, hay gran discrepancia de pareceres. Si hemos de creer lo que dice Cortés en su carta, la pérdida subió á ciento y cincuenta españoles y dos mil indios; pero los boletines del general, aunque muy esactos en lo tocante á las dificultades que encontró y á los resultados en general, no son muy esactos en cuanto á los recursos con que contaba ni á las pérdidas que sufría. Thoan Cano, uno de los hidalgos que se hallaron presentes, calcula que los muertos fueron 770 españoles y 8.000

tlaxcaltecas; pero este número es mayor que el del ejército entero. Acaso nos apartaríamos menos de la verdad, si adoptásemos la autoridad de Gomara, capellan de Cortés, y que no solo pudo consultar los papeles del general, sino otros igualmente auténticos. Según él, el número de los cristianos muertos fué 450, y el de los aliados, 4.000. Esta pérdida juntamente con las sufridas la semana anterior, habrá reducido á los primeros á mas de la tercera parte, y á los segundos á la cuarta ó acaso á la quinta de lo que eran cuando entraron en la capital.<sup>26</sup> La peor parte de la refriega la llevó la retaguardia, de la cual pocos escaparon. Formábanla principalmente los soldados de Narvaez, que hasta cierto punto, fueron víctimas de su codicia.<sup>27</sup> Quedaron fuera de combate 26 ginetes, que juntos con

<sup>26</sup> La tabla siguiente dará al lector alguna idea de la discrepancia que sobre esto hay en los diversos escritores, entre los cuales hay unos que fueron testigos de vista, y otros que habiendo tratado con los actores de aquellas escenas, son casi de igual peso.

Cortés, en Lorenzana, pág. 145.....	150 españoles,	2.000 indios.
Cano, segun Oviedo, lib. 33, cap. 54, 1.170	"	8.000 "
Probanza, &c.....	200	" 2.000 "
Oviedo, lib. 33, cap. 13.....	150	" 2.000 "
Camargo, &c.....	450	" 4.000 "
Gomara, cap. 109.....	450	" 4.000 "
Ixtlixochitl, cap. 88.....	450	" 4.000 "
Sahagun, lib. 12, cap. 24.....	300	" 2.000 "
Herrera, dec. 2, lib. 10, cap. 12.....	150	" 4.000 "

Bernal Diaz no se tomó el trabajo de ser concordante consigo mismo; pues despues de decir que la retaguardia que reportó la mayor pérdida, constaba de 120 hombres, agrega en el mismo párrafo que de estos murieron 150, y á las pocas líneas dice que 200.

Cano comprende en su regulacion á aquellos, que aunque pocos comparativamente, perecieron en la subsecuente de la marcha. Este mismo, afirma que 270 hombres de la guarnicion se quedaron, ignorando la partida de sus compañeros, ó mejor que fueron pérfidamente dejados allí y que aunque se rindieron con todas las garantías de la guerra, fueron sacrificados por los aztecas. (Véase el Apéndice, parte II, núm. 11.) La inverosimilitud de semejante cuento en el cual se supone que un ejército con todos sus trenes y bagages podia evacuar una fortaleza sin que lo sintiesen tantas gentes, y que se las abandonaba en las circunstancias en que mas se necesitaba de la cooperacion hasta del último hombre; la inverosimilitud de tal cuento, repito, es muy obvia para que me detenga á refutarlo. Herrera dice otra cosa mucho mas probable y es, que Cortés dió orden muy especial al capitán Ojeda de que cuidase, no con la precipitacion de la salida, fuese á quedarse en la fortaleza alguno que estuviere durmiendo ó herido. Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 11.

<sup>27</sup> "Pues de los de Narvaez, todos los mas en las puentes quedaron cargados de oro." Bernal Diaz, cap. 128.

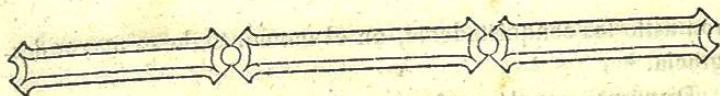
los muertos anteriormente, redujeron la caballería á 23 hombres, muchos de ellos en la mas triste situacion. La mayor parte del tesoro, los bagages y los papeles del general, entre los cuales venia un diario de lo acaecido desde la salida de Cuba, cuyos papeles habrian sido, para la posteridad á lo menos, de mayor valor que el oro; todo esto quedó sepultado bajo las aguas.<sup>28</sup> Las municiones y las hermosas baterías con que habian entrado en la capital, se perdieron. No habia quedado ni un solo mosquete, pues los soldados los habian arrojado, deseando descargarse de todo cuanto pudiese retardar su fuga. En suma, para asegurar la superioridad del europeo sobre el bárbaro, nada les habia quedado de su aparato militar, fuera de sus espadas, su estropeada caballería y sus descompuestas ballestas.

Los prisioneros, entre los cuales estaban como lo hemos dicho, los hijos de Moteuczóma y el cacique de Tetzcoco, perecieron á manos de sus mismos compatriotas que no pudieron reconocerlos en la ciega furia del combate. Tambien hubo entre los españoles algunas personas de calidad cuyo nombre quedó escrito en el sangriento catálogo de los muertos. Uno de ellos fué D. Francisco de Morla que cayó al lado de Cortés, viniendo con él en socorro de los que habian quedádose atrás. Pero la mayor pérdida fué la de Juan Velazquez de Leon, que en union de Alvarado mandaba la retaguardia, el puesto de mayor peligro, donde murió defendiéndolo valientemente, muy al principio de la retirada. Era excelente oficial, dotado de muchas prendas caballerosas, aunque algo altanero, por ser uno de los hidalgos mejor relacionados del ejército. Su cercano parentesco con el gobernador de Cuba le hizo ver al principio con tibieza las empresas de Cortés; pero luego, fuese que se convenció de que éste tenia la razon, fuese por preferencia personal, se identificó íntimamente con los intereses de su caudillo. El general correspondió á esto con generosa confianza, encargándole un mando independiente y de importancia tal, que una torpeza y hasta un error habria sido fatal

<sup>28</sup> Según él, se salvó parte del oro encomendado á los tlaxcaltecas. (Cap. 136.) Del documento citado (Probanza de Villa Segura, MS.), aparece que el tesoro iba confiado á la custodia de los castellanos.

para la expedición. Mas Velazquez se mostró digno de aquella confianza y no habia en el ejército hidalgo alguno, con escepcion tal vez, de Sandoval y Alvarado, cuya pérdida hubiese sido mas profundamente deplorada por el comandante. Tales fueron las consecuencias de este terrible paso de la calzada; mas desastrosas que cuantos reveses han manchado el lustre de las armas españolas en el Nuevo Mundo; quedando la noche en que acaeció esta catástrofe, señalada en los anales de la Nacion con el epíteto de: *la noche triste*.<sup>29</sup>

<sup>29</sup> Gomara, *Crónica*, cap. 109. Oviédo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 13. Probanza en la Villa Segura, MS. Bernal Diaz, *Hist. de la Conq.*, cap. 128.



#### CAPÍTULO IV.

RETIRADA DE LOS ESPAÑOLES.—APRIETOS DEL EJÉRCITO.—PIRAMIDES DE TEOTIHUACAN.—GRAN BATALLA DE OTUMBA.

(1520.)

Los mexicanos permanecieron la mayor parte del dia siguiente á la salida de los españoles, quietos en la capital, ocupados en limpiar las calles de los cadáveres cuya corrupcion podria haber originado una peste. Tambien se emplearon en tributar los honores fúnebres á los guerreros muertos en aquella jornada, sacrificando á los míseros prisioneros, los cuales al ver su triste destino, de buena voluntad lo habrian trocado por el de aquellos que dejaron sus huesos en el campo de batalla. Gran fortuna fué esta para los españoles, pues así tuvieron tiempo de respirar; pero Cortés conoció que no debia contar con que aquella inaccion durara mucho tiempo, y ademas previendo cuán importante era burlar la vigilancia de su enemigo, dió órden á las tropas de que se alistasen para proseguir la marcha. Dejaron encendidas las luminarias para engañar mejor á los enemigos, y á la hora señalada, sin tocar tambores ni clarines, pero con las fuerzas algo restauradas, dejaron los españoles el teocalli en cuyo recinto habian encontrado tanto refrigerio. En aquel lugar hay hoy un templo dedicado á la Virgen bajo la advocacion de *Nuestra Señora de los Remedios*, cuya milagrosa Imágen se dice ser la misma que trajeron los compañeros de Cortés<sup>1</sup>. El viagero al posar en aquel santo recinto no puede dejar de recordar, que allí es donde encontra-

<sup>1</sup> Lorenzana, *pág. XIII*.